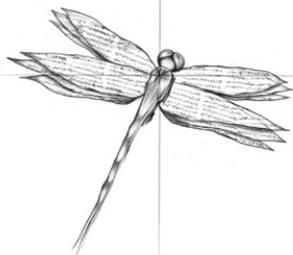


Palabras del autor

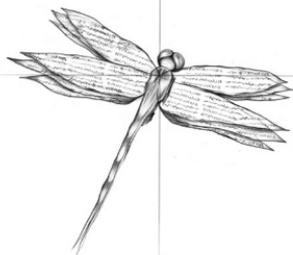


Cuando era muy pequeño mis padres solían dejarme en la casa de mi tía Consuelo mientras iban a trabajar. Cabe decir que la existencia de mi tía siempre osciló en los extremos; de igual manera vivió una desesperante pobreza producto de la orfandad que padeció junto con mi madre, que una opulencia desproporcionada cuando se casó con un próspero comerciante. Mi tía hasta su vejez fue irreverente e intrépida a fuerza de duros golpes, aunque pensándolo bien, no fueron solo los impactos de la vida los que la hicieron así, la verdad es que ella poseía la capacidad congénita de reír por cualquier simpleza, de seducir con el encanto de un desenfado a prueba de desgracias, aún recuerdo con claridad el tono de sus carcajadas mientras jugaba dominó con sus amigas y su rostro atento cuando veíamos juntos aquellas inolvidables películas del cine itinerante que se instalaba los sábados en su casa. No guardo en mi memoria ninguna imagen de mi tía Consuelo llorando o soltando alguna queja y hasta he llegado a creer que nunca padeció de aburrimiento y que su paso por el mundo, viéndolo con la perspectiva que dan los años y su ausencia, fue una gran novela de aventuras. Quizás mi tía hubiera sido una gran escritora de no ser porque la vida no le dio tiempo para hacer otra cosa que no fuera vivir. A su lado aprendí a imaginar sin prejuicios y a soñar despierto en el enorme patio de aquella casona repleta de

plantas. Sus muros de grueso adobe no solo albergaban aromas y rocíos de una enorme cantidad de hierbas, también eran testigos de las interminables historias que mi tía me contaba y que parecían ser una rebuscada mezcla de sus locas aventuras y de sus ocurrencias más extravagantes. Para ella, las plantas tenían una personalidad definida como la de cualquier ser humano y merecían la misma confianza y afecto que los perros, los gatos y las gallinas que también habitaban su casa. Las flores eran sus favoritas y mi tía consumía sus tardes hablándome de las aguerridas petunias que como amazonas conquistaban reinos repletos de tierra y agua. Me entretenía contándome sobre los desamores de un par de tímidas margaritas enamoradas de audaces girasoles que no temían encarar al sol de frente. Ella misma se emocionaba narrándome historias de mundos extraños a donde solo viajaban soñadores dientes de león impulsados por el viento. De tanto escucharla, yo mismo comencé a crear mis propios mundos e historias, pero a diferencia de ella, concebí a mis personajes como seres humanos con hojas o flores brotando de sus cabezas, imaginé ancianos de tupidas barbas de trébol sentados sobre muebles hechos de tallos o ramas, a niños y mujeres con pétalos de orquídea jugando debajo de gigantescos robles. Así empezó a germinar la civilización de los *herbos* en mi propia mente, desde entonces las *Leyendas de Quidea* fueron adquiriendo forma en mis sueños.



Deuda de amor



Una lluvia fría y triste empapaba la noche. La luna opaca y tenebrosa, como teñida de veneno, se levantaba en el firmamento dejando una estela sin brillo de rayos de luz negra. Con su ascenso, las horas se estiraban y el aire se hacía cada vez más denso en la habitación del pequeño sanatorio, de sus gruesas paredes escapaban incesantes lamentos y fugaces suspiros que se perdían por todos los rincones.

—Decidan con el corazón sereno y la cabeza fría, asuman con resignación los designios del que nadie puede ver —fueron las primeras palabras que el viejo sabio le había dicho a la pareja días atrás. Ambos recordaban muy bien la advertencia que el estudioso de los astros había lanzado a la *herba* embarazada momentos después:

—La *Luna Negra* está en una de sus fases más peligrosas. Si tu primogénito nace bajo este resplandor, la enfermedad que padeces lo dañará aún más que a tí. La inevitable influencia de los rayos más impenetrables del astro oscuro lo contaminará durante los primeros instantes de su vida. Lo más seguro es que sufra un mal tan dañino y misterioso como el tuyo, y que las mismas fuerzas malignas que te hacen padecer lo ataquen a lo largo de su existencia hasta devorarlo. Por si fuera poco, tu propio cuerpo resentirá la intoxicación de su espíritu; tu frágil salud empeorará rápidamente hasta que sucumbas en unos



¹Jacinto (*Hyacinthus orientalis* L.): Planta bulbosa con floración vistosa, en forma de campana reunida en racimos por un escarpo corto; hojas largas, angostas y lustrosas; de perfume exquisito. Blancas, azules, rosas, lilas.

cuantos días sin remedio. La realidad, hija mía, es que nadie debería nacer con la Luna Negra en estas condiciones. Desgraciadamente, no pudimos predecir la aparición de sus más temibles luces en este ciclo; ¡su presencia inesperada ha sorprendido hasta a los más notables eruditos! –el anciano hizo una pausa y enfatizó–: Recuerda muy bien, ¡si nace, tu propia vida estará amenazada!

Luego de alejar aquel recuerdo, Teza se tomó el vientre con las manos y, a pesar de la tristeza que la embargaba, dijo con voz temblorosa:

–¡Quiero que nazca!

Al escucharla, Raod sintió un punzante escalofrío.

–¡Tiene que vivir! –insistió ella.

Raod le replicó con voz entrecortada:

–¿Acaso ya olvidaste las palabras de Tiyok?:

¡Si el pequeño nace tú puedes morir!

–¡No me importa!

El *herbo* de naturaleza jacinto¹ agitó el pequeño vaso de barro que había sobre una mesa junto a la cama. De su interior escapaba un olor apestoso; era un extracto de oscuras hierbas que podía acabar con la vida de la criatura que su mujer llevaba en el vientre. Apenas unos minutos antes las sanadoras del lugar lo habían dejado allí para facilitarles la decisión: o ella o su hijo. No quedaba mucho tiempo: Teza no podía contener más las contracciones del parto.

–¡Por favor! No quiero que muera mi pequeño! –suplicó la herba– ¡La vida de mi hijo es más importante que la mía! –irrumpió en un



llanto que terminó por inclinar el largo rostro de Raod, quien luego de derramar un par de lágrimas exclamó:

–¡Pero yo no quiero que seas tú la que muera!

La pareja se abrazó con fuerza, como si ambos trataran de apagar el dilema con sus cuerpos, quemándolo con el fuego del amor que se profesaban.

De pronto, Teza soltó un largo alarido de dolor; se acercaba la hora de dar a luz.

–¡Debe hacerle ingerir este brebaje ahora si quiere ver a su esposa viva! –intervino una de las sanadoras más viejas, de aspecto duro y de voz áspera como la que tendría una roca si hablara.

El peso del destino paralizó a Raod, ya que debía tomar la decisión más difícil de su vida y no tenía la entereza para hacerlo.

–¡No te acerques! –gritó Teza llena de un amenazante celo de madre al verlo titubear– ¡No voy a beber ese veneno! –exclamó con una mezcla de ira cargada de ternura.

Su marido sintió que se desvanecía al ver esos ojos más temblorosos y abiertos que nunca.

La sanadora meneó la cabeza ante la indecisión de Raod y con cuidado le quitó el vaso de la mano. A continuación, dio un decidido paso al frente, luego otro y otro más hasta situarse al lado de la madre.

–¡Por favor! –imploraba Teza– ¡No se lo permitas, Raod! –su mirada se mantenía fija en su esposo, quien como estatua derruida se desmoronaba en un inconsolable llanto por la impotencia. Dos sanadoras más se presentaron para auxiliar a su compañera. La desesperada madre oponía una resistencia feroz y se negaba con violentos giros a ingerir el extracto de hierbas que acabaría con su primogénito, pero eso no fue suficiente.

La Luna Negra llegó a lo más alto del cielo. El sanatorio se estremeció y una emoción desoladora invadió a quienes estaban dentro del recinto. Teza fue obligada a beber aquel líquido más oscuro que el astro que dominaba la noche. Luego de un rato,



una niña frágil y pálida fue expulsada de su cuerpo; su expresión de muerte inminente contrastaba con la simetría y la hermosura de sus facciones. Los fuertes espasmos que la sacudían anunciaban la llegada de su momento final.

–¡Es una niña! –murmuró Raod.

–¡Al menos permítanme verla! –les imploró Teza a las sanadoras que la sujetaban de los brazos.

–No te servirá de nada, herba –respondió la más joven–, solo sufrirás al ver a tu pequeña marchitarse.

–Coloca a la niña en sus manos –ordenó la sanadora de mayor edad con tono áspero–. Tiene derecho a despedirse de su criatura.

La joven obedeció y puso a una pequeña de piel pálida y cuerpo frío en las manos de Teza, quien comenzó a desfallecer lentamente al ver el rostro agonizante de su hijita, mas hizo un esfuerzo por conservar sus fuerzas y con suma delicadeza la acercó a su pecho.

Raod se colocó a su lado. Se sentía destrozado pero a la vez aliviado al haber optado por la vida de su esposa sin saber aún las consecuencias de su vacilante decisión. Nada le podría quitar la culpa, la pequeña agonizaba intoxicada por el espeso brebaje; el herbo jacinto no dejaba de pensar que también era su hija. Teza ni siquiera se dignó a mirarlo. Su ser estaba con la pequeña que pronto exhalaría su último *aliento*, mientras la piel de su cuerpo perdía aquel tono rojizo que caracteriza a los recién nacidos.

–¡No puede ser! –se lamentó Teza ahogada en lágrimas. Raod se cubrió la boca tratando de aprisionar su desbordante pena.

–¡Hija, tienes que vivir! –le rogó la herba a su pequeña con dulzura– ¡Sé que aún puedes escucharme!

La criatura yacía inerte en los brazos de su madre que se negaba a dejarla ir y que estaba decidida a retener su existencia con el poder de su amor, a fuerza de caricias, atando su alma con besos a sí misma.



Raod se acercó a su esposa y la abrazó, pudo sentir con toda intensidad el dolor y la tristeza que la embargaban, comprendiendo entonces la magnitud de la pérdida que sufrirían. Se puso a llorar como un chiquillo, la besó en la frente y sollozando acarició a la pequeña. Teza lo recibió sin rencor y le devolvió una mirada compasiva. Sabía que su esposo había actuado de ese modo por el amor que le tenía y no podía culparlo por lo que había hecho; también a él lo abrazó como a un hijo y trató de darle consuelo. Acercó su cabeza a la suya y lo besó en la mejilla. En ese momento no podía ser esposa de nadie, nada más que una madre, madre aunque solo fuera por unos segundos. Los dos rodearon con sus brazos a la niña y trataron de hacer más cálida su fugaz existencia. Su vida se iba y ellos lloraban pensando en sus ilusiones perdidas, en los momentos felices que habían imaginado a su lado y que ahora se diluían en una neblina gris y mortecina, sintiendo la añoranza de un porvenir que se extinguía minuto a minuto.

–Hemos esperado tanto para verte –suspiró Teza sacudiendo el cuerpecito de su hijita–, antes de irte debes devolvernos todo el cariño que te profesamos desde el día de tu concepción, ¡es lo justo! –le susurró al oído– Tienes una deuda de amor con nosotros –añadió, llevándose la diminuta mano de su hija a los labios.

A pesar de que no podía comprender estas palabras, algo maravilloso, casi milagroso, comenzó a ocurrirle a la pequeña, parecía que reunía todas sus fuerzas y así apretó uno de los dedos de su madre con una de sus manitas; de alguna manera su alma supo que no podía irse. Teza sonrió extasiada y luego de besarla en la frente le dijo:

–Te llamarás Ilah, que significa: *Deuda de amor*.

